

pertenecientes al sacerdocio, dividieron al pueblo en facciones, y desde luego comenzó la guerra civil. El ilustre gobernador, acompañado de muchos nobles, buscó refugio en la ciudad de Tlamanalco. Cuando lo supo el rey de México, que respiraba aun vengauza por la pasada derrota, los mandó matar en castigo del delito de rebeldía, y envió sus cadáveres al pueblo de Huexotzinco. Debe creerse aunque nada dice la historia, que no tardaría mucho en volver la república á la dominacion mexicana.

En 1498, deseando el rey facilitar la navegacion de la laguna, cuyo comercio aumentaba de un modo extraordinario, mandó abrir un gran acueducto de Coyoacan á México, contra la opinion de algunas personas inteligentes, para proveer la laguna de las aguas de una fuente que tenía su nacimiento en Churubusco. Esta fuente, aunque solia secarse una que otra vez, crecía considerablemente en tiempo de las aguas. La desgracia hizo que el mismo año, muy abundante en copiosas lluvias, se viese inundada la ciudad de México por la torpeza de su soberano, hasta el punto de no poderse transitar las calles sino por medio de canoas. Hallándose el rey en la estancia inferior de su palacio en los momentos de la inundacion, al intentar salir precipitadamente por una puerta demasiado baja, se dió un fuerte golpe en la cabeza que al poco tiempo le ocasionó la muerte. En medio de tan aflictivas circunstancias, que agravaban los continuados clamores del pueblo, imploró de la ciencia del monarca de Acolhuacan los auxilios necesarios; y Nezahualpilli, que descubrió muy pronto el remedio, mandó reparar el dique que se habia construido durante el reinado de su augusto padre. De tal modo concluyó la inundacion.

Al siguiente año experimentaron los mexicanos suma escasez, á causa de que la abundancia de las lluvias destruyó las siembras de maiz; mas tuvieron la fortuna de descubrir en el valle una cueva de *tezontli*, cuya piedra emplearon con buen éxito en la reconstruccion de los templos y edificios arruinados. El rey tuvo gran empeño en que se hiciesen las fábricas con hermosura y magnificencia.

Nuevas conquistas: muerte de Ahuitzotl. (1502). No era posible que el monarca mexicano, aunque achacoso por el golpe que habia recibido en la cabeza, permaneciese indiferente á las exigencias de su carácter belicoso. No bien hubo recobrado la tranquilidad perdida por los males de su pueblo, cuando llevó á cabo con felicidad las conquistas de Izquinoxochitlan, Amatlan, Tlacuilatlan, Jaltepec, Tehuantepec, y Huexotla en la Huasteca. El general mexicano Tliltotec, estimulado por las glorias de su patria, emprendió tambien con buen éxito una correría por la provincia de Guatemala, que se halla á mas de trescientas leguas al sudeste de México. La historia guarda silencio sobre los acontecimientos de esta expedicion.

Este monarca dejó de existir á los veintiocho años de reinado: el

pueblo azteca, que tuvo que experimentar los efectos de su carácter belicoso, caprichudo é inhumano, le debió el engrandecimiento extraordinario de sus dominios. Además de esto fué generoso con su pueblo; pues cada vez que recibia los tributos de las provincias sometidas á la corona, en la plaza pública distribuia comestibles y vestidos á los necesitados. Amante de premiar las virtudes militares y civiles de los aztecas, castigaba con inhumanidad los heroicos hechos de sus contrarios. A él debió la ciudad de México los buenos edificios que admiraron los españoles. En medio de su genio rencoroso y vengativo, era demasiado inclinado á la música y las mugeres, cuyos deleites lo distraian frecuentemente de los graves asuntos del Estado. Este monarca, rodeado de virtudes y defectos, fué el último que murió señor de sus extensos dominios: ellos escaparon de las manos de su sucesor. El siglo XVI fué testigo del mayor engrandecimiento del imperio azteca; y el siglo XVI contempló en pocos dias la decadencia, el heroismo, la consuncion y la muerte del mismo imperio.

CAPITULO III.

Civilizacion de los aztecas.

MITOLOGIA MEXICANA: templos, sacerdotes, sacrificios humanos y oblacones. Ayunos y penitencias. Cronología, astronomía y fiestas religiosas. Costumbres privadas: nacimiento, educacion, matrimonio, entierros y sepulcros. Sistema social y politico. Milicia, agricultura, caza, pesca y comercio. Idioma, poesia, música y baile. Conocimiento de la naturaleza: adelantos en la ciencia médica. Geroglíficos, manuscritos y aritmética. Escultura, obras de fundicion y á martillo, mosaicos. Arquitectura y otras artes mexicanas. Juegos, trages y alimentos.

MITOLOGIA MEXICANA: templos, sacerdotes, sacrificios humanos y oblacones. Antes de dar principio al reinado del emperador Moctezuma II, rico en grandes y notables acontecimientos para la historia azteca, es preciso que nos ocupemos detenidamente de la descripcion del estado religioso, civil, militar y político de este antiguo pueblo; porque nada pudiéramos adelantar en el conocimiento de su genio é inclinaciones, si no viniese á nuestro auxilio el profundo estudio de los elementos que contribuyeron á su constitucion social. Cuando los españoles pisaron con atrevida planta el mas fuerte imperio de la América septentrional, su valiente caudillo tuvo ocasion de admirar los notables adelantos que habia hecho en el camino de la ilustracion; y si á él no le fué dado conservar con la conquista las

tradiciones históricas que se sepultaron entre las ruinas de la vieja Tenochtitlan, muchos de sus contemporáneos cuidaron de recoger los manuscritos que existían en poder de uno que otro indígena, lo mismo que las noticias sueltas que corrían en boca de los aventureros españoles, conforme á la observación que habian hecho durante los cortos dias que precedieron á la memorable *noche triste*, y de este modo algo ha podido salvarse de la mano destructora del tiempo.

El sistema religioso de los aztecas presenta á un mismo tiempo dos fisonomías enteramente distintas: una que lo hace digna creación de una cultura primitiva en la superficie mexicana; y la otra nos ofrece la idea de una salvaje ferocidad introducida por los incultos pueblos del norte, cuya emigración al país del medio día dió por resultado una confusa mezcla de dos diversas civilizaciones, la una comparativamente mas adelantada que la otra. Según las pinturas geroglíficas que observó el historiador Gomara, en cuanto á la ficción cosmogónica de las destrucciones y generaciones del universo, los aztecas creían que al sol del siglo diez y seis habian precedido otros cuatro en distintos tiempos ó edades, á cuyo término la especie humana habia sido aniquilada alternativamente por inundaciones, terremotos, incendio general y huracanes. Cuando la luz del último sol se apagó en el inmenso vacío, las tinieblas cubrieron el mundo por el espacio de veinticinco años; pero diez años antes de la aparición del quinto sol, se verificó por quinta vez la regeneración de los seres de humana naturaleza. La primera edad que se vé representada en los combates contra los gigantes, conforme á la esplicación que de una antigua pintura hizo el baron de Humbolt, tuvo de duración cinco mil doscientos seis años; mas habiendo descendido á la tierra un maléfico y destructor genio, desapareció con las yerbas y flores la primera generación de los hombres. La edad del fuego que le sucedió inmediatamente, duró cuatro mil ochocientos cuatro años según la misma pintura, y no habiendo podido salvarse del general incendio sino los pájaros, todos los hombres quedaron transformados en su especie, excepto dos personas de diverso sexo que pudieron esconderse en lo profundo de una cueva. La edad del viento tuvo de duración cuatro mil diez años; pero habiendo sobrevenido fuertes y asoladores huracanes, la mayor parte de los hombres desaparecieron de la superficie de la tierra, menos algunos que se vieron convertidos en la ridícula forma de monos. En la cuarta edad, que recibió el nombre de agua á consecuencia de una gran inundación, se convirtió la especie humana en nadadores peces, excepto dos de sus individuos que pudieron salvarse sobre el tronco de un árbol. El dibujo mexicano nos representa á Coxcox y su muger Jochiquetzal, únicos individuos que se libraron de la general inundación, flotando sobre las aguas encima del mencionado tronco. Hasta entonces habian trascurrido diez y ocho mil veinte años; así es que añadiendo el tiempo que medió desde el diluvio de Coxcox

hasta la fundación de México, cuya fijación no aparece indicada en ninguna otra pintura, se viene en conocimiento que los aztecas atribuían al mundo una duración de mas de veinte mil años. Es notable que en este dibujo se encuentre el emblema de los cuatro elementos del mundo, como ha podido observar con fundamento un ilustrado escritor moderno.

Habiendo manifestado al principio las dos épocas que caracterizan á la mitología mexicana, no será dudoso comprender y distinguir las puras ideas de un tiempo, de las salvajes concepciones de otro menos antiguo. Los hombres que habitaron el valle de Anáhuac con anterioridad á las sucesivas invasiones de los pueblos del norte, tuvieron la idea de Dios en el secreto conocimiento de un ser invisible que daba la existencia y se bastaba á sí mismo, y aunque no tenían figura alguna que representase su sublime grandeza, lo adoraban con todas las señales de un verdadero entusiasmo y temor: ellos igualmente tributaban culto al sol y los astros, como tambien ofrecían flores y frutos al autor de la fertilidad de la tierra; pero las naciones que ocuparon la llanura de México en una época posterior á ésta, crearon el culto sanguinario de sus fabulosos dioses, aplicando á la religión algunas prácticas ridículas que demuestran la intervención del sacerdocio en todos los actos de la vida civil. Clavigero nos refiere que creían en la existencia de un espíritu maligno que odiaba la raza humana, dejándose ver únicamente para hacer daño ó espantar á los individuos de esta especie, espíritu que era conocido entre ellos con el nombre de Tlacatecolotl ó buho racional. Los aztecas y demás naciones del valle, aunque confundían la privilegiada naturaleza del hombre con la de los animales irracionales, creían en la inmortalidad del alma y en tres lugares destinados para ella despues de la muerte. La casa del sol, ó la estancia donde iban las almas de los que morían en el campo de batalla ó sobre la piedra de los sacrificios, como tambien las de las mugeres que perecían en los momentos del parto, estaba destinada para el goce de una vida llena de ventura; y despues de haber acompañado al sol en su carrera por el tiempo de cuatro años, formando todos los dias alegres coros de canto y baile para saludarlo en su salida, sus gloriosos espíritus pasaban á animar las nubes y pájaros de ricos plumajes, pudiendo habitar desde entonces entre las flores de los perfumados y deliciosos jardines. Las almas de los hombres que morían de ciertas enfermedades, como tambien las de los niños, gozaban de una existencia vegetativa en un ameno sitio nombrado Tlalocan, donde residia ordinariamente el dios de las aguas. El que estaba reservado para las demás almas, lugar conocido con el nombre de Mictlan ó infierno, era una caverna oscurísima donde iban á expiar sus culpas eternamente. Los tlascaltecas tenían ideas de la trasmigración, á la manera del sistema de Pitágoras; pues creían que las almas de los nobles pasaban á habitar despues de la muerte el cuerpo de hermosos y cano-

ros pájaros, muy al contrario de las de los plebeyos que animaban á los ruines y despreciables animales. Los otomíes veían en la muerte el absoluto término de su transitoria vida; y el habitante de la Mixteca, acostumbrado á morar continuamente en medio de sus bosques, vivía persuadido de que en una gran montaña de la provincia estaba colocada la puerta del Paraíso, motivo por el cual eran enterrados todos los nobles á las inmediaciones de una profunda cueva que se hallaba en dicho lugar. El religioso dominicano Gregorio García hizo un estudio meditado de las creencias de estas y otras naciones americanas.

Además de ese ser supremo que conocían los mexicanos con el nombre de Teotl, existían otras divinidades materiales que formaban el objeto de sus homenajes y oraciones, entre las cuales había trece de un orden privilegiado respecto á sus ideas. La primera y principal se llamaba *Tezcatlipoca ó espejo reluciente*, cuya figura es la de un jóven lozano que representa la Divina Providencia. Este númermen que premiaba y castigaba las acciones de los hombres, tenía asientos destinados para él únicamente en las esquinas de todas las calles. El dios *Ometeuctli* y la diosa *Omecihuatl*, encargados de velar sobre el mundo y dirigir las inclinaciones de los hombres, habían fijado su residencia en una ciudad del alto firmamento. Los aztecas referían que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió á luz por último un cuchillo de piedra, que arrojado en seguida á la tierra por su demás prole, salieron de él mil y seiscientos guerreros de notable valentía; pero como observasen que el mundo se encontraba sin individuos de la especie humana, con motivo de una de las calamidades que marcan las edades de esta nación, enviaron una embajada á la diosa para pedirle el don de crear hombres y dedicarlos á su servicio; y ella les contestó que no siendo dignos de vivir en el cielo por sus pensamientos terrenales, pidiesen al dios del infierno un hueso de muerto y lo regasen con su propia sangre, para que de él saliese un hombre y una muger que multiplicasen la raza humana. En efecto, uno de los héroes bajó á la oscura caverna de Mictlan, y habiendo conseguido el objeto de su peligrosa misión, se vió perseguido en seguida por el númermen infernal hasta su llegada á la superficie de la tierra; pero sin embargo de haberse roto el hueso en partes desiguales durante la precipitada fuga del guerrero, se formó un niño á los cuatro días de hallarse en una vasija empapados en la sangre de todos, sucediendo lo mismo á los otros tres días con relacion á una niña que completó por entonces la especie humana. De este modo se verificó la nueva generación. La diosa *Cihuacohuatl* ó la muger serpiente, conocida también bajo el nombre de *Quilaztli*, era adorada como la madre de los hombres, y se creía que su fecundo vientre paría siempre gemelos. Le daban al mismo tiempo un lugar distinguido en el séquito de sus dioses, asegurando que se había dejado ver con frecuen-

cia con un niño cargado sobre sus hombros. Estos eran los números de la providencia y el cielo.

El sol y la luna recibían un culto especial de parte de los mexicanos, quienes colocaban sus nombres de *Tonatiuh* y *Meztlí* en el número de sus divinidades. Contaban que habiéndose estinguido el fuego del sol al terminar una de las antiguas edades aztecas, los partidarios y servidores de los héroes que hemos mencionado anteriormente, se reunieron en Teotihuacan al rededor de una encendida hoguera, manifestando que obtendría la gloria de ser convertido en sol el primero que se arrojase allí. Uno de ellos se atrevió á hacerlo y bajó á los infiernos; y cuando apareció el luminoso astro en la parte de Oriente, los héroes observaron que se había detenido un rato sobre el horizonte, y le dieron orden para que continuase su brillante carrera por el cielo; pero no queriendo proseguir mientras todos permaneciesen con vida, un guerrero llamado Citli le arrojó tres flechas sin efecto alguno, y habiendo rechazado el sol la última de ellas, se la clavó en medio de la frente y murió á consecuencia de la herida. Desesperados los demás de no poder combatir victoriosamente contra el resplandeciente astro, fueron sacrificados á manos del principal de ellos, quien luego se dió muerte á sí mismo. Sin embargo de haber heredado los servidores las vestiduras de sus señores, estuvieron en la mayor congoja hasta que el dios *Tescatlipoca*, compadecido del triste estado que guardaban, envió á uno de ellos á la casa del sol para que trajese música, con el objeto de que todos celebrasen en lo sucesivo sus fiestas religiosas. El origen de la luna se atribuye á otra fábula muy semejante á la presente. Las pirámides de Teotihuacan que tuvieron una existencia anterior á la llegada de los aztecas al valle, son testigos del culto que tributó la antigüedad al sol y á la luna, y cuando la tradición se ha ocupado de la vieja pirámide de Cholula, le atribuye el mismo culto que á las primeras.

El aire tenía también su númermen fabuloso. El dios *Quetzalcoatl*, cuyo nombre significa serpiente armada de plumas verdes, se nos representa como un hombre blanco, alto, barbudo, y de negros y luengos cabellos. Habiendo hecho su primera aparicion en el territorio de Pánuco, se le vió acompañado de extranjeros que usaban trages negros en forma de sotanas, con la notable advertencia de que su capa se hallaba adornada de cruces rojas, motivo por el cual muchos historiadores han creído encontrar alguna semejanza entre él y el apóstol Santo Tomás. Era considerado por los mexicanos como un genio de su especie; pues además de las sábias leyes que regían en su tiempo, compitiendo con los extraordinarios conocimientos que había difundido sobre las ciencias y las artes, el país disfrutó todos los bienes y delicias de una poética edad de oro. Mientras vistió el respetable ropage de gran sacerdote en la ciudad de Tula, fundó en diversos lugares algunas congregaciones religiosas, calmó

frecuentemente con la penitencia la ira del cielo, y se imponía rigurosas prohibiciones para mortificar sus apetitos materiales. Durante la aflictiva época de una grande hambre que sobrevino al país, á los trece mil años de la creacion del mundo, este misterioso hombre se retiró á la montaña de los clamores (el Tzatzitepec), donde anduvo con los piés descalzos sobre ramas de maguey, ofreciendo sacrificios de flores y frutos al númen de la divina providencia. Era tan enemigo de los disturbios de unas naciones con otras, que cuando se le hablaba de guerra se tapaba inmediatamente los oídos. Cuando se hallaba mas contento contemplando en la felicidad del país su propia obra, el dios Tezcatlipoca se le presentó en figura de viejo para darle á beber un breverage, el cual le produjo por efecto el privilegiado don de la inmortalidad, inspirándole al mismo tiempo el gusto por los peligrosos y lejanos viages. Los habitantes de Cholula lo detuvieron en su tránsito por dicha ciudad; porque su fama de sábio les inspiró la idea de confiarle las riendas de la administración pública. En los veinte años que tuvo á su cargo el gobierno de este pueblo, derramó sobre él el inagotable raudal de sus conocimientos en las ciencias y las artes; pero determinándose despues á proseguir su viage hácia el fabuloso país de Tlapallan, donde lo conducia la voluntad del númen Tezcatlipoca, partió con cuatro jóvenes en direccion de las costas orientales de México, y habiendo llegado con felicidad á la provincia marítima de Guasacualco ó Huasacoalco, prometió á sus compañeros que él y su descendencia volverian á gobernar en su país, se despidió de ellos y se embarcó en el oceano Atlántico. Los toltecas de Cholula, despues de haber puesto las riendas del gobierno en manos de los cuatro jóvenes, consagraron dios á Quetzalcoatl y le erigieron templos en varios puntos, constituyéndolo desde entonces patrono principal de su territorio y ciudad.

El fuego, los montes, el agua, la mieses, las yerbas de los prados, la tierra, la noche y el infierno, eran divinizados por los habitantes del antiguo valle de Anáhuac. El númen del fuego que se nombraba *Giuhteuctli*, recibia como ofrenda lo primero que se comia ó bebia en la mesa de los mexicanos; y además del incienso que se quemaba en honor suyo á ciertas horas del dia, le habian dedicado dos solemnes fiestas en los meses séptimo y décimoséptimo de su año, como tambien otra movable para el nombramiento de los magistrados y renovacion de la investidura de los feudos del estado. Al mismo tiempo se le consideraba como protector del año y de la yerba de los prados. El dios de las aguas era conocido con el nombre de *Tlaloc*, ó señor del paraiso. Los aztecas colocaban su residencia en las montañas mas elevadas del territorio, motivo por el cual acostumbraban subir á ellas para implorar su auxilio y proteccion. En tiempos del primer rey chichimeca se encontró un ídolo de este númen en la cima del monte Tlaloc, que figuraba un hom-

bre sentado sobre una piedra cuadrada, teniendo delante de sí una vasija llena de resina con un sin número de semillas de todas clases. Este ídolo permaneció en dicha montaña desde el reinado de Nezahualpilli hasta la predicacion del evangelio, en cuyo tiempo lo mandó destruir el obispo Zumárraga. En todas las montañas se veneraba un dios particular como subalterno de Tlaloc, á quien se dedicó un templo en la ciudad de México en el mismo recinto del templo mayor. Este númen tenia por compañera á *Chalchiuhqueye*, ó diosa de las aguas, conocida por los tlascaltecas con el nombre de *Mallalcueye*, que daban tambien á una muy alta montaña de su provincia, á cuya cima se dirigian á hacer sacrificios é implorar la proteccion de esta diosa. *Centeoiltl* era la divinidad que patrocinaba la tierra y el maiz; y los aztecas no solo erigieron cinco templos en honor suyo, sino tambien le dedicaron las fiestas de los meses tercero, octavo y undécimo de su año. Los totonecas veneraban á esta diosa como la principal protectora de su felicidad, ofreciéndole continuamente en sacrificio tórtolas, codornices, conejos y otros animales, muy al contrario de los mexicanos que derramaban en sus fiestas la sangre de infelices víctimas. El diabólico númen de *Mixtlan*, señor de la oscura cueva que representaba el infierno de los aztecas, tenia consagrado un templo en México que servia un sacerdote pintado de negro, como tambien la dedicacion de una fiesta en el mes décimoséptimo del año. A la noche se consagraba una divinidad en la mitología antigua; pero ó bien se ignora el nombre particular que le daban, ó bien es de atribuirse su patrocinio al sol ó á la luna, como han querido afirmar algunos historiadores. Los aztecas le encomendaban sus hijos para que derramase sobre ellos un tranquilo sueño; y durante las horas de la noche los ponian bajo la proteccion de la diosa Joalticiltl, que era considerada como un médico nocturno ó la veladora de las eunas.

Pero entre todas las deidades de la mitología mexicana, no habia otra mas temida y reverenciada que *Huitzilopochtli*, dios de la guerra y protector del imperio. Algunos opinaban que fuese un espíritu puro, mientras otros le daban por madre á una muger que lo habia concebido sin participacion de varon. Los últimos referian el suceso del siguiente modo:—En el pueblo de Cuatepec, situado en las inmediaciones de la antigua ciudad de Tula, habia una santa muger muy inclinada al culto de las divinidades, y hallándose ocupada un dia en el aseo del templo, vió descender hácia sí una bola formada de plumas que guardó en su seno; pero cuando la fué á buscar para limpiar con ella los altares de dicho templo, pudo ver con admiracion que habia desaparecido completamente. Desde entonces quedó embarazada; pero tan pronto como los demás hijos conocieron el estado que guardaba su madre, pensaron evitar por medio de un asesinato toda la afrenta del parto. Cuando ella se entregaba á la afliccion con motivo de haber llegado á sus oídos el sangriento

proyecto, de su seno salieron las siguientes palabras que escuchó temblando: „Nada temais, acoñojada madre, que yo os salvaré para „honor vuestro y gloria mia.” En los momentos de intentar sus otros hijos la perpetracion del hecho criminal, nació Huitzilopochtli armado de punta en blanco como otro Marte de los tiempos fabulosos; y mientras un soldado por orden suya mataba con una serpiente de pino á su hermana Coyoljauhqui, la mas empeñada en que se hubiese ejecutado el horroroso parricidio, el nuevo héroe concluyó en un momento con los proyectos y la vida de sus demás hermanos. El suceso llenó de miedo á todo el pueblo. Este dios habia acompañado á los mexicanos en toda su peregrinacion hasta que llegaron á las orillas del lago. A él debian constantemente el buen éxito en sus empresas militares, y por eso jamás emprendian campaña alguna sin implorar su socorro por medio de súplicas y sacrificios. Clavigeronos dá del ídolo la siguiente descripcion: „Su estatura era gigantesca, y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salia una gran serpiente. Su „frente era tambien azul, y la cara estaba cubierta de una máscara „de oro, igual á otra que le cubria la nuca. Sobre la cabeza tenia un „hermoso penacho de la forma de un pico de pájaro; en el cuello, „una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; „en la mano derecha un baston espiral y azul, y en la izquierda un „escudo, en que habia cinco bolas de plumas, dispuestas en forma „de cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola „de oro con cuatro flechas, que segun los mexicanos le habian sido „enviadas del cielo, para ejecutar aquellas gloriosas acciones que hemos visto en la historia. Tenia el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, y salpicado de muchas figurillas de animales, hechas „de oro y piedras preciosas. Cada uno de aquellos adornos é insignias, tenia su significacion particular.” Los mexicanos le tenian erigido un famoso templo en la ciudad del lago, como tenemos ya manifestado en el capítulo anterior, dedicándole tres solemnes fiestas en los meses nono, quinto y décimo quinto de su año, como tambien otras que celebraban cada cuatro meses, cada trece años y al principio de cada siglo. Este dios tenia un hermano y un teniente en el catálogo de los dioses: el primero, que era conocido con el nombre de *Tlacahuepan-Cuexcotzin*, aunque muy reverenciado en el culto que le daban de los aztecas, lo era aun mas por el de los habitantes de Tezcoco; y el segundo, á quien nombraban *Painalton*, era invocado únicamente en los casos de un ataque imprevisto antes de una formal declaracion de guerra.

Además de estos dioses, que eran los principales de la mitología azteca, se cuentan otros que presidian el comercio, la pesca, el vino, los placeres, la caza, la medicina, las flores y otros mil objetos de la vida. Las creencias religiosas eran comunes entre las diversas naciones del valle, aun entre aquellas que no habian doblado su ser-

viz ante las tropas victoriosas del pueblo dominante. Unicamente se notaba alguna variacion en el nombre y culto que se tributaba á la divinidad protectora; pues la mas predilecta para los mexicanos era Huitzilopochtli; para los habitantes de Cholula y Huexotzinco, el misterioso Quetzalcoatl; Centeotl aparecia como la mas privilegiada á los ojos del pueblo totoneca; y Mixcoatl, reverenciado como dios de la caza, era la divinidad protectora de los otomies, por su inclinacion á la errante vida en medio de los espesos montes. Los tlascaltecas y tezeocanos en muy poco ó nada se diferenciaban de los aztecas, respecto al número de sus dioses y culto que le tributaban. Los primeros daban el nombre de Camaxtle al terrible y sanginario dios de la guerra.

La falta de espiritualismo en la religion de los antiguos mexicanos, hacia que sus diviuidades estuviesen colocadas en los bosques, campos, caminos y calles, donde se les rendia el culto material y exterior de un pueblo bárbaro en sus creencias. Los ídolos se formaban regularmente de barro, piedra y madera; pero algunas veces los fabricaban con oro y piedras preciosas. Sus adoraciones consistian en ruegos, postraciones, ayunos, genuflecciones y sacrificios: ceremonia que se miraba entre ellos con tanto respeto como veneracion. El primer obispo de México asegura que los franciscanos destruyeron mas de veinte mil ídolos en el espacio de ocho años. Tambien habia transformaciones y metamorfosis en la mitología antigua; pues los mexicanos referian que un tal *Japan* movido por las caricias de una muger, habia cometido adulterio en los momentos de estar haciendo penitencia en la soledad de una montaña, motivo por el cual fué mandado decapitar por los dioses, quedando convertido desde luego en un escorpion negro; pero habiéndose atrevido el enviado á matar á su muger que quedó transformada en escorpion rubio, fué convertido igualmente á su pesar en perniciosa langosta. La oscura vida que tiene el escorpion escondido entre las piedras, se atribuyó desde entonces á la vergüenza que le causaba los recuerdos de aquel crimen.

El pueblo mexicano tributaba culto á sus dioses en ciertos lugares sagrados, conocidos con el nombre de *Teocalli ó Teopan*, donde se reunia en determinados dias á implorar en su favor la proteccion de ellos. Aunque en el anterior capítulo nos hemos ocupado del famoso templo que mandó construir el rey Ahuitzotl, dando una ligera descripcion de su magnificencia y edificios anexos, completaremos ese cuadro con una noticia de los demás templos del imperio mexicano, cuyo número ascendia á mas de cuarenta mil, segun la relacion del historiador Torquemada. Solo en la ciudad de México habia mas de dos mil lugares religiosos, sobre los que se levantaban trescientas sesenta torres; pero de todos habia únicamente siete ú ocho templos mayores, entre los cuales debe mencionarse el dedicado á Huitzilopochtli en la ciudad de Tlatelolco. Los templos

de Tezcoco, Cholula y Teotihuacan, fueron muy celebrados por los compañeros de Cortés. El famoso templo de nueve cuerpos que dedicó el príncipe Nezahualcoyotl al hacedor del cielo, era tan magnífico como los principales de todo el extenso territorio de Anáhuac. El *teocalli* mayor de Cholula, consagrado á la memoria de su protector Quetzalcoatl, se alzaba magestuoso en medio de las cuatrocientas torres que coronaban toda la ciudad, sin contar el pequeño templo que construyeron los toltecas sobre la altísima pirámide del mismo nombre. Los que se conocieron en Teotihuacan como dedicados al sol y á la luna, tenían la figura de dos gigantesos ídolos de piedra con adornos de oro.

La estructura de los grandes templos era muy semejante á la del principal de México; pero á pesar de esto habia algunos que tenían la figura de una pirámide con sus correspondientes escalones, y otros que formaban un solo cuerpo con varias escaleras. Como la religion mexicana no tenia nada de espiritualismo, segun hemos manifestado en uno de los anteriores párrafos, la supersticion antigua colocó igualmente sus altares en los montes, selvas y caminos, con el objeto de recordar continuamente á los viajeros el respeto que debian tributar á sus falsas divinidades. Los templos tenían cuantiosas rentas para el sostenimiento del culto, las que consistian en buenas propiedades que cultivaban algunos esclavos ó sirvientes, como tambien en los víveres que en clase de oblacones les hacian los súbditos del estado. Los sacerdotes se constituian en mayordomos de las propiedades rentísticas.

Esta privilegiada clase de la sociedad mexicana debia corresponder por su número al de los altares profanos, motivo por el cual el historiador Clavigero no teme hacerla subir á un millon de almas, sirviendo de fundamento á su cálculo los cinco mil sacerdotes que residian en el templo mayor de México. El respeto y alto honor que alcanzaban estos servidores de los dioses, daba al estado religioso todo el ascendiente de la supersticion y conveniencias sociales; pues no solamente los ricos dedicaban sus hijos á este ejercicio desde la niñez, sino que tambien la nobleza inferior los empleaba en ciertos trabajos para añadir ese honor al escaso lustre de su familia. El voto que hacia el sacerdote no era para toda la vida: si se dedicaba al servicio del templo por un acto temporal de devocion, podia abandonarlo por cualquiera otro estado, sin incurrir en la mas leve culpa. A la cabeza de la gerarquía eclesiástica se encontraban dos dignatarios: el uno tenía el nombre de señor espiritual, y el otro el de gran sacerdote. Esta dignidad que se conferia por eleccion á las personas de la alta nobleza del estado, formaba un objeto de ambicion para los que querian adquirir fortuna y poder político; pues además de las ventajas que eran consiguientes á este elevado estado, los sumos sacerdotes ungian á los reyes despues de la eleccion, arrancaban el corazon á las víctimas en los mas solemnes sacrifi-

cios, eran consultados para todos los negocios difíciles del estado; nunca se daba principio á la guerra sin el parecer de ellos, y su opinion era infalible en materias de creencias religiosas. Las naciones conquistadas nunca se sometieron á la tutela de los sumos sacerdotes de México, sino que cada una conservó alguna independencia respecto á la eleccion de los gefes de su estado eclesiástico.

Estos altos funcionarios eran elegidos ó bien por las corporaciones sacerdotales, ó bien por la asamblea que elegia al gefe político del estado. Clavigero nos dice que: „la insignia de los sumos sacerdotes de México, era una borla de algodón pendiente del pecho, „y en las fiestas grandes usaban trages muy adornados en que se „veian las insignias del nùmen cuya fiesta celebraban. El sumo „sacerdote de los mixteques, se ponía en semejantes ocasiones una „túnica en que estaban representados los principales sucesos de su „mitología; sobre ella un roquete blanco, y sobre todo una gran ca- „pa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosa- „mente tejidas, y adornadas con algunas figurillas de dioses. De „los hombros le pendia un lienzo, y otro del brazo.” Habia otro dignatario menos elevado que los sumos sacerdotes, con la asistencia de dos vicarios ó auxiliares, y tenia la obligacion de vigilar tanto en la observancia de los ritos y ceremonias del culto, como de castigar á los ministros que infringian las leyes sacerdotales, principalmente á aquellos que se encontraban al frente de los seminarios. Si fuéramos á recorrer las obligaciones y gerarquías de cada uno de los sacerdotes aztecas, tendríamos que entrar en un detall fastidioso y sin resultado alguno de interes. A unos tocaba el cuidado interior de los templos, de cuyo empleo participaban tambien las sacerdotisas; otros estaban encargados de la administracion de las propiedades de los templos y de la percepcion de las rentas que les estaban afectas; otros debian incensar los ídolos con betun y copal cuatro veces al dia; otros se dedicaban á instruir la juventud en los seminarios, al arreglo del calendario, fiestas religiosas y pinturas mitológicas; á otros tocaba hacer ofrendas al sol cuatro veces en el curso de todo el dia; y otros, en fin, estaban encargados de arrancar el corazon á las víctimas sobre la piedra de los sacrificios, cuyo empleo se reservaba el sumo sacerdote para las fiestas solemnes del estado.

Su único distintivo era una especie de gorra negra de algodón, excepto aquellos que abrazaban una vida austera en el silencio de los monasterios, los cuales vestian continuamente un hábito negro. Sus cabellos descendian en gruesas trenzas hasta los piés, y empleaban en esta maniobra algunos cordones untados con cierta clase de asquerosa tinta. La pomada que usaban cuando hacian sacrificios en la cima de las montañas, se componia de una horrible mezcla de insectos venenosos, ollin de ocotl, tabaco y otros ingre-

dientes; pero á pesar del horror que debía inspirarles semejante uncion en todo el cuerpo, se creían superiores en tales momentos á la indómita bravura de los animales feroces. Los ministros del culto profesaban una vida en medio de la mayor austeridad, castigándose de muerte al que faltaba á sus deberes como hombre casto, y la ejecucion consistia en que muriesen por la noche apaleados. En algunas ciudades se miraba como un delito la exclaustacion del sumo sacerdote, como tambien el que infringiese las leyes de una absoluta incontinenca. El ministro que no se levantaba por pereza á ciertos ejercicios nocturnos de obligacion, se le bañaba por primera vez la cabeza con agua hirviendo, ó se le perforaban los labios y las orejas; y si desgraciadamente reincidia en la misma falta, sufría la pena de ser echado del templo y morir ahogado en el lago.

El sacerdocio no excluía de su seno á las mugeres que deseaban ejercitarse en sus funciones; pues habia algunas que se ocupaban en ciertos servicios materiales de los templos, con las únicas excepciones de poder obtener las primeras dignidades y hacer los sacrificios humanos. Unas servian desde la niñez por espresa voluntad de sus padres; y otras se dedicaban á esta austera vida por espacio de uno ó dos años, ó bien para cumplir un voto por causa de enfermedad, ó bien para alcanzar de sus oraciones un buen matrimonio, ó bien para implorar del favor de los dioses la próspera fortuna de sus familias. En Anáhuac habia tambien monasterios de hombres y mugeres que se entregaban á la observancia de la mas rigurosa disciplina. La órden mas célebre entre todas llevaba el nombre de Quetzalcoatl, á quien algunos padres dedicaban sus hijos desde los primeros dias de la infancia, con el objeto de que pasasen su vida en la observancia de las buenas costumbres, alcanzando fama y reputacion de hombres llenos de santidad. Entre los totonecas existia un monasterio bajo la invocacion de su predilecta diosa Centeotl, en cuyo seno se admitian únicamente á hombres viudos de sesenta años, reuniendo al mismo tiempo las cualidades de ser castos, honestos y de buenas costumbres. En este convento habia un número fijo de monges; pero el estraordinario ascendiente que gozaban por su irreprochable conducta, los constituía en oráculos de todas las clases de la antigua sociedad.

En el culto de los mexicanos no se observaba ningun rasgo de esa moral sublime que forma la ilustracion de los pueblos; pues entre ellos dominaba la idea de la continúa irritacion de sus terribles divinidades, cuya sed de sangre aplacaban únicamente los horrendos espectáculos de las víctimas humanas, en medio de la estrepitosa espresion de alegría de un pueblo amante de lo execrable en materia de religion. En ella no se encuentra un acto que recordase al hombre sus obligaciones sociales, una máxima que lo llamase á sentimientos de verdadera caridad, ni un ejemplo que lo inclinase á la práctica de los deberes del hombre hácia sus hermanos. Los sa-